

>> Editorial

La responsabilidad de interrogarnos ante la naturalización de la violencia

Hay algo inquietante en la forma en que hoy circulan las imágenes de los conflictos armados. No es solo la magnitud de la violencia, sino su familiaridad. Se desliza entre titulares, notificaciones, desplazamientos de pantalla. Cuerpos, ruinas, desplazamientos forzados. Todo parece suceder en simultáneo y, sin embargo, cada escena pierde espesor, como si la repetición anestesiará la percepción. En ese clima, la pregunta por la vida, por su valor, por sus condiciones, deja de ser evidente.

Hannah Arendt pensó la banalidad del mal como una advertencia incómoda: el horror no siempre irrumpe con estridencia, a veces se instala en la normalidad, en la rutina, en la obediencia sin pensamiento. Hoy esa intuición resuena de otro modo. No se trata solo de burocracias estatales, sino de una trama más amplia donde la violencia se administra, se calcula, se justifica en nombre de la seguridad, del orden, de la defensa. La distancia tecnológica permite ver sin implicarse, saber sin responder. La muerte se vuelve dato.

Pero no alcanza con describir ese paisaje. Robin D. G. Kelley introduce un desplazamiento necesario: la imaginación política como condición de posibilidad. Pensar lo que no está dado, insistir en otros horizontes incluso cuando el presente parece clausurarlos. No como gesto ingenuo, sino como práctica crítica frente a estructuras que producen desigualdad y violencia de manera sistemática. Si todo se reduce a lo posible dentro del orden existente, la ética queda atrapada en una lógica de administración del daño.

La bioética entra en escena en ese punto, pero no como un saber técnico que interviene sobre casos delimitados. Aparece más bien como un campo en tensión. Lo que está en juego no es únicamente la decisión sobre un cuerpo individual, sino las condiciones que hacen que ciertos cuerpos sean expuestos, protegidos o directamente descartados. Conflictos armados, desplazamientos masivos, acceso desigual a recursos sanitarios, políticas de frontera. No son fenómenos externos: configuran el terreno mismo donde la vida se vuelve más o menos vivible.

Entonces el problema cambia de escala. Ya no se trata de dilemas aislados, sino de tramas. De cómo se organizan las prioridades, de qué vidas cuentan, de cuáles quedan fuera del marco de preocupación.

Hay, además, una dimensión menos visible pero igual de decisiva. Los conflictos no sólo destruyen territorios; también producen subjetividades. Modulan el miedo, la indiferencia, la capacidad de empatía. Definen qué imágenes conmueven y cuáles pasan desapercibidas. En ese sentido, no operan únicamente sobre cuerpos, sino sobre sensibilidades. Y ahí la pregunta ética se vuelve más incómoda: no solo qué hacemos frente al sufrimiento, sino qué nos pasa con él.

Tal vez el punto más difícil sea sostener la incomodidad sin apresurarse a resolverla. Ni el diagnóstico crítico alcanza por sí solo, ni la apelación a valores universales logra, por sí, modificar las condiciones que generan la violencia. Entre la lucidez de Arendt y la apuesta de Kelley hay un espacio abierto, inestable. La bioética podría habitarlo sin la pretensión de ordenar el mundo, pero sí con la voluntad de interrogarlo.

En tiempos donde la vida se administra a gran escala, pensar no es un ejercicio abstracto. Es, en todo caso, una forma de no quedar completamente capturados por la lógica que convierte la violencia en algo esperable. Una forma, también, de no resignar la posibilidad de imaginar que las cosas podrían ser de otro modo.

Julio 2026